

# El jilguerotauro

Por **DANILO MANERA**

Hace alrededor de treinta años, creo que fue en 1990, me acerqué una mañana al Café Comercial de la Glorieta de Bilbao, en Madrid. No había sido fácil concertar esa cita con Rafael Sánchez Ferlosio. No recuerdo ahora cómo pude localizarle. Debió de haber sido a través de Rosa Rossi, la gran hispanista romana que era su amiga. Me habían dicho que era huraño, arisco, solitario, que no quería ver a nadie y que sería muy difícil vencer su resistencia.

Le llevé mis comentarios acerca de unos fragmentos suyos que yo había publicado en una revista italiana, y sobre todo el borrador de la traducción del *Alfanhuí* al italiano, que luego salió en 1991. Mi preocupación duró muy poco. Enseguida me resultó un hombre muy accesible, tímido, pero a la par abierto, dulce y que acabaría resultándome con el tiempo entrañable y divertido. Y me regaló el privilegio de su amistad.

Le gustaba caminar y debía hacerlo por su salud, así que, sobre todo después de haberse trasladado a la calle Agustín de Rojas, nos dábamos grandes paseos circulares por el barrio de la Prosperidad. Era una cita fija y placentera, todas las raras veces que yo pasaba por Madrid. Hablábamos de los temas que afloraban en sus artículos y ensayos (preparé una selección en italiano, que se publicó en 1992 en la editorial de la revista *Linea d'Ombra*): de guerras antiguas, de la superchería del horóscopo, de la justicia no justiciera, de las fotocopias sin pagar derechos, de la alegría del *tertium datur* en los dilemas, de la bondad del lobo, «fiebre de sombra y de maleza».

Comíamos en un restaurante chino barato. Tenía costumbres sobrias y sencillas. Llevaba casi siempre los mismos atuendos. Se declaraba isotérmico, pero cuando un verano lo acompañé a Coria, hospedándome en su casa, heredada de un abuelo (la que sale en la portada de *El alma y la vergüenza*), muy cerca del palacio que pertenecía a su familia, usaba una chilaba al estilo marroquí. Estaba fascinado por la teoría libre y su idea de la libertad me pareció sobre todo la de dejarse guiar,

gratuita e imprevisiblemente, por la ruta del razonamiento, sin constricciones. Le molestaba todo lo que estuviera decidido de antemano, toda predestinación. Y detestaba la reducción de la lengua —ese don tan maravilloso para la convivencia civil— a la rigidez de la retórica, la osificación del fanatismo. Y sin embargo su intolerancia venía acompañada siempre de una gran indulgencia. Tenía una ternura espontánea, a pesar de su andadura teórica implacable: citaba un pasaje del *Inferno* en que Dante llora por la dureza del castigo divino para mostrar que nunca el sentimiento fue tan inhumano como las convicciones.

Me interesaron mucho sus pecios, y de hecho preparé una selección para la revista *Micromega* en 1992, antes de que se publicaran en forma de libro en 1993. Y la edición italiana es de 1994. Publiqué mi introducción al *Alfanhuí* en los Clásicos Contemporáneos Comentados de Destino en 1996. Rafael no estaba muy de acuerdo con mi búsqueda en su obra juvenil de las semillas de su ensayística posterior, pero tampoco le desagradó mi afecto por su personaje.

Vino a Italia por motivo de encuentros literarios en 1994, 2004 y 2005. Y una última vez, en privado, en 2015, acompañado por Demetria, Lucía, Laura y Tomás Pollán. Italia era también su país, no necesitaba que le explicaran nada. Tenía sus lugares preferidos, como el elefante de Bernini, en la romana Piazza della Minerva. Y muy cerca de allí, en la Biblioteca Casanatense, en junio y julio de 2005 se montó una exposición dedicada a su obra. Mi drama y al mismo tiempo mi gozo de traductor era que Rafael, hijo de una italiana, conocía perfectamente el italiano, incluso las expresiones populares. Y nos enzarzábamos en discusiones sobre la mejor forma de traducir una palabra algo rara o alguna de sus frases hipotácticas «galeónicas». Por supuesto, no dejó de corregirme algún ripio en un verso o alguna solución demasiado fácil para esquivar un problema... pero en general conmigo fue indulgente.

Yo le hablaba de mis lecturas de literatura española del siglo XX. Él casi nunca comentaba, pero hizo una



**Jilguero tauro.** Dibujo cedido por Danilo Manera ©

excepción cuando supo de mi gran interés por Juan Benet: me llevó a su casa a conocerle. Daba vértigo escucharlos debatir sobre una variedad de temas insondables. Recuerdo por ejemplo que deliberaron a propósito de dónde exactamente apresar el Danubio para inundar la mayor porción posible de la Europa Centrooriental. Asimismo, no dudó en escribir un elogio de un libro de Gonzalo Hidalgo Bayal, un narrador que estimaba mucho. Su cariño hacia sus amigos era infinito. En 1992, un pintor coriano, José María Jabato, le regaló el dibujo a tinta china de un *jilguero tauro*, que tal vez le recordó los dibujos de animales imaginarios de los que nació el *Alfanhuí*. El 28 de junio de ese año publicó en *El País* un breve texto acompañando una imagen en colores del jilguero tauro. Era una burla de los violentos Sanjuaneros taurinos de Coria, porque Ferlosio imaginaba una fiesta bien distinta. Los jilguero tauros anidan en el robledal de la orilla derecha del Alagón. A finales de junio, bajan allí seis tamborileros

con silbos y veinticuatro muchachas danzarinas para atraer a las crías de jilguero tauros hacia la ciudad, donde recorren las calles desiertas, bebiendo en los pequeños cuencos de agua que los corianos dejan en alféizares y balcones, porque el paso de los jilguero tauros es una bendición para la casa. Rafael consideraba esta página una pequeña ñoñería y solamente ha sido recopilada en 2019 por Ignacio Echevarría en *De algunos animales. Bestiario ilustrado*. Y es que a los ferlosianos nos gustan todos sus animales irreductibles, desde los tiempos de *La homilía del ratón*.

Ferlosio me obsequió el dibujo a tinta china de Jabato, que ahora está enmarcado en mi estudio. Aquí lo ofrezco a los lectores de *Quimera*, con los que también me permito compartir —en la portada de este número— una foto de aquellos primeros años noventa, cuando Rafael tenía la edad que tengo yo ahora. Y estaba de luto, y no le gustaba fotografiarse, y era como un jilguero tauro de delicada, tenaz e inconforme fortaleza.